

gracia y fuéramos hechos miembros de nuestra cabeza que es Jesucristo. Pues ella ha cooperado con su bondad al nacimiento espiritual de todos los redimidos, por eso ha querido el Señor que con su intercesión coopere a que tengan la vida de la gracia en este mundo, y en el otro mundo la vida de la gloria. Que por esto la Santa Iglesia se complace en llamar y saludarla con estas suavísimas palabras: Vida, dulzura y esperanza nuestra.

Nos exhorta San Bernardo a recurrir siempre a esta divina Madre, ya que sus súplicas son siempre escuchadas por su divino Hijo. *Acudamos a María*, exclama con fervoroso acento, *lo digo sin vacilar..., el Hijo oirá a su Madre*. A continuación añade: *Hijos míos, Ella es la escala de los pecadores. Ella mi máxima esperanza, Ella, toda la razón de confianza del alma mía*. La llama *escala*, porque así como no podemos subir el tercer escalón sin poner antes el pie en el segundo, de la misma manera nadie llega a Dios sino es por medio de Jesucristo, y a Jesucristo nadie llega sino por medio de María. Y añade que es su máxima esperanza y el fundamento de su confianza porque Dios ha dispuesto que todas las gracias nos pasen por manos de María. Por esto concluye recordándonos que todas las gracias que queramos obtener, las pidamos por medio de María, porque ella alcanza todo lo que quiere y sus oraciones jamás serán desatendidas. He aquí sus textuales palabras: *Busquemos la gracia, y busquémosla por medio de María, porque halla todo lo*

que busca y jamás pueden ser frustrados sus deseos.

No de distinta forma hablaba el fervoroso San Efrén: *Sólo una esperanza tenemos, decía, y eres tú, Virgen purísima.* San Ildefonso, vuelto a la misma celestial Señora, le hablaba así. *La Majestad divina ordenó que todos sus bienes pasaran por tus manos benditas. A Ti están confiados todos los tesoros divinos y todas las riquezas de las gracias.* San Germán le decía todo tembloroso: *¿Qué será de nosotros si Tú nos abandonas, vida de todos los cristianos?* San Pedro Damiano: *En tus manos están todos los tesoros de las misericordias de Dios.* San Antonio: *Quien reza sin contar contigo es como quien pretende volar sin alas.* San Bernardino de Sena: *Tú eres la dispensadora de todas las gracias: nuestra salvación está en tus manos.* En otro lugar llegó a afirmar el mismo Santo que no tan sólo es María el medio por el cual se nos comunican todas las gracias de Dios sino que desde el día en que fue hecha madre de Dios, adquirió una especie de jurisdicción sobre todas las gracias que se nos conceden. Sigue ponderando la autoridad de la Virgen con estas palabras: *Por María, de la cabeza de Cristo, pasan todas las gracias vitales a su cuerpo místico. El día en que siendo Virgen fue hecha Madre de Dios, adquirió una suerte de posesión y autoridad sobre todas las gracias que el Espíritu Santo concede a los hombres de este mundo, que nadie jamás obtendrá gracia alguna, sino según lo disponga esta Madre piadosísima.* Y añade esta conclusión: *Por tan-*

to, sus manos misericordiosas dispensan a quien quiere dones, virtudes y gracias. Y lo mismo confirma San Bernardino de Sena con estas palabras: *Ya que toda la naturaleza divina se encerró en el seno de María, no temo afirmar que por ello adquirió la Virgen cierta jurisdicción sobre todas las corrientes de las gracias, pues fue su seno el océano del cual salieron todos los ríos de las divinas gracias.*

Muchos teólogos apoyados en la autoridad de estos Santos, justa y piadosamente tienen la opinión de que no hay gracia que no sea dispensada por medio de la intercesión de María. Así podemos citar entre muchos a Vega, Mendoza, Paciuccheli, Séñeri, Poiré, Crasset. Lo mismo defiende el docto P. Natal Alejandro, del cual son estas palabras. *Quiere Dios que todos los bienes que de El esperamos, los obtengamos por la poderosísima intercesión de su Madre, cuando debidamente la invocamos.* Y trae para confirmarlo el célebre texto de San Bernardo. *Esta es la voluntad de Dios: quiere que todo lo tengamos por María.* El P. Contenson, comentando aquellas palabras que Cristo pronunció en la cruz: *Ahí tienes a tu madre,* añade. *Como si dijere: Ninguno puede participar de mi sangre, sino por la intercesión de mi Madre. Fuentes son de gracia sus llagas, pero su agua sólo llegará a las almas por medio de ese canal que se llama María. Juan, mi amado discípulo, serás tan amado de Mí, cuanto amares a Ella.*

Por lo demás, si es cierto que le agrada al Señor

que recurramos a los santos, mucho más le ha de agradar que acudamos a la intercesión de María para que supla ella nuestra indignidad con la santidad de sus méritos. Así cabalmente lo afirma San Anselmo: *para que la dignidad de la intercesora supla nuestra miseria*. Por tanto, acudir a la Virgen no es desconfiar de la divina misericordia; es tener miedo de nuestra indignidad. Santo Tomás, cuando habla de la dignidad de María, no repara en llamarla *casi infinita*. Como es madre de Dios tiene cierta especie de dignidad infinita. Y por tanto, puede decirse sin exageración que las oraciones de María son casi más poderosas que las de todo el cielo.

Pongamos fin a este primer capítulo resumiendo todo lo dicho y dejando bien sentada esta afirmación: *que el que reza se salva y el que no reza se condena*. Si dejamos a un lado a los niños, *todos los demás bienaventurados se salvaron porque rezaron, y los condenados se condenaron porque no rezaron*. Y ninguna otra cosa les producirá en el infierno más espantosa desesperación que pensar que les hubiera sido cosa muy fácil salvarse. Pues lo hubieran conseguido pidiendo a Dios sus gracias, y que ya serán eternamente desgraciados, porque pasó el tiempo de la oración.

I

EFICACIA DE LA ORACION

*Excelencia de la oración y su poder
cerca de Dios*

Tan gratas a Dios son nuestras plegarias que ha querido que sus santos ángeles se las presenten, apenas se las dirigimos. Lo dice San Hilario: *Los ángeles presiden las oraciones de los fieles y diariamente las ofrecen al Señor.* Y ¿qué son las oraciones de los santos, sino aquel humo de oloroso incienso que subía ante el divino acatamiento y que los ángeles ofrecían a Dios, como vio San Juan? Y el mismo Santo Apóstol escribe que las oraciones de los santos son incensarios de oro llenos de perfumes deliciosos y gratísimos a Dios.

Para mejor entender la excelencia de nuestras oraciones ante el divino acatamiento bastará leer en las Sagradas Escrituras las promesas que ha hecho el Señor al alma que reza, y eso lo mismo en el anti-

guo que en el nuevo Testamento. Recordemos algunos textos nada más: *Invocame en el día de la tribulación... Llámame y yo te libraré... Llámame y yo te oiré... Pedid y se os dará... Buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá... Cosas buenas dará mi Padre que está en los cielos a aquel que se las pida... Todo aquel que pide, recibe... Lo que queráis, pedidlo, y se os dará. Todo cuanto pidieren, lo hará mi Padre por ellos. Todo cuanto pidáis en la oración, creed que lo recibiréis y se hará sin falta. Si alguno pidiereis en mi nombre, os lo concederá. Y como éstos muchos textos más que no traemos aquí para no extendernos más de lo debido.*

Quiere Dios salvarnos, mas, para gloria nuestra, quiere que nos salvemos, como vencedores. Por tanto, mientras vivamos en la presente vida, tendremos que estar en continua guerra. Para salvarnos habremos de luchar y vencer. Sin victoria nadie podrá ser coronado. Así afirma San Juan Crisóstomo: *Cierto es que somos muy débiles y los enemigos muchos y muy poderosos; ¿cómo, pues, podremos hacerles frente y derrotarlos? Responde el Apóstol animándonos a la lucha con estas palabras: Todo lo puedo con Aquel que es mi fortaleza. Todo lo podemos con la oración; con ella nos dará el Señor las fuerzas que necesitamos, porque, como escribe Teodorato, la oración es una, pero omnipotente. San Buenaventura asegura que con la oración podemos adquirir todos los bienes y librarnos de todos los males.*

San Lorenzo Justiniano afirma que *con la oración podemos levantarnos una torre fortísima donde hemos de estar seguros de las asechanzas y ataques de todos nuestros enemigos*. San Bernardo escribe estas hermosas palabras: *Fuerte es el poder del infierno, pero la oración es más fuerte que todos los demonios*. Y ello es así, porque con la oración alcanza el alma la ayuda divina que es más poderosa que toda fuerza creada. Por esto el santo rey David, cuando le asaltaban los temores, se animaba con estas palabras: *Con cánticos de alabanza invocaré al Señor y seré libre de todos mis enemigos*. San Juan Crisóstomo lo resume en esta sentencia: *La oración es arma poderosa, tutela, puerto y tesoro*. Es arma poderosa porque con ella vencemos todos los asaltos del enemigo; defensa, porque nos ampara en todos los peligros; puerto, porque nos salva en todas las tempestades; y tesoro, porque con ella tenemos y poseemos todos los bienes.

Conociendo el Señor, como conoce, que tan grande bien sea para nosotros la necesidad de la oración, como se dijo en el anterior capítulo, permite que seamos asaltados de muchos y terribles enemigos para que acudamos a El y le pidamos la ayuda que El mismo nos prometió y bondadosamente nos ofrece. Si halla mucha complacencia en ver cómo recurrimos a El, no es menor su pena y pesadumbre cuando nos halla perezosos en la oración. Lo mismo que un rey tendría por traidor al capitán que se hallara situado en una plaza y no pi-

diera fuerzas de socorro, de la misma manera, dice San Buenaventura *tiene el Señor por traidor a aquel que al verse sitiado de tentaciones no acude a El en demanda de socorro, pues deseando está y esperando que se le pida para volar en su auxilio*. Lo asegura el profeta Isaías: *Díjole al rey Acaz de parte de Dios que pidiera el milagro que quisiera al Señor su Dios. Contestó el impío rey: Nada pediré... no quiero tentar al Señor. Esto dijo, porque confiaba en sus ejércitos y para nada quería el apoyo del auxilio divino. Duramente se lo echó en cara el profeta con estas palabras: Oye, oh rey de la casa de David, ¿acaso ¿ parece poco el hacer agravio a los hombres, que osáis hacerlo también a mi Dios? Con lo cual quiso significar que ofende e injuria al Señor aquel que deja de pedirle las gracias que El bondadosamente le ofrece.*

Venid a mí todos los que andáis agobiados con cargas y trabajos, que yo os aliviaré. Pobres hijos míos, dice el Señor, los que andáis combatidos de tantos enemigos y cargados con el peso de tantos pecados, recurrid a Mí con la oración y yo os daré fuerzas para resistir y pondré remedio a todos vuestros males. En otro lugar dice por labios del profeta Isaías: *Venid y argüidme... aunque vuestros pecados sean rojos, como la grana, blancos quedarán, como la nieve.* Que es lo mismo que decir: Hombres, venid a mí, y aunque tengáis vuestra conciencia manchada con grandes culpas, no dejéis de venir... y si después de haber acudido a mí, yo con mi

gracia no os vuelvo vuestra alma pura y cándida como la nieve, os autorizo para que me lo echéis en cara.

¿Qué es la oración? *La oración responde el Crisóstomo es áncora para el que está en peligro de zozobrar... tesoro inmenso de riquezas para aquel que nada tiene... medicina eficacísima para los enfermos del alma. Defensa segurísima para aquel que quiere conservarse firme en santidad.* ¿Para qué sirve la oración? Responda por mí San Lorenzo Justiano: *La oración aplaca a Dios, el cual perdona al punto aquel que con humildad se lo pide... alcanza todas las gracias que pide... vence todas las fuerzas del demonio; en una palabra, tan maravillosamente transforma a los hombres que a los ciegos ilumina, a los débiles fortifica y de los pecadores hace santos.* El que tenga necesidad de luz divina acuda al Señor y tendrá luz. Lo dice Salomón: *Invoqué al Señor y al punto descendió sobre mí la sabiduría.* El que tenga necesidad de fortaleza, llame al Señor y tendrá fortaleza como lo confesaba el profeta David: *Abrí los labios para rezar y en el acto recibí la ayuda de Dios.* ¿Y cómo pudieron los mártires tener tan grande fortaleza que resistieron a todos los tiranos? Con la oración, con la cual tuvieron la fuerza para vencer todos los tormentos y hasta la misma muerte.

Resumiéndolo todo, escribe San Pedro Crisólogo que *aquel que emplea el arma de la oración, no cae en la muerte de la culpa, sino que despréndese de la*

tierra, y se eleva a los cielos y goza del trato con Dios. Túrbanse algunos y se preguntan inquietos y miedosos: ¿Quién sabe si estaré escrito en el libro de la vida? ¿Quién sabe si Dios me dará la gracia eficaz y la perseverancia? Vanas son estas preguntas. Sigamos el ejemplo de San Pablo, el cual escribía. *No os inquietéis por la solicitud de cosa alguna: mas en todo presentad a Dios vuestras peticiones por medio de la oración y de las plegarias, acompañadas de hacimiento de gracias.* Con estas palabras parece que nos quiere decir: ¿Por qué inquietamos con necios temores y con inútiles angustias? Dejad todas vuestras temerosas solicitudes, que no sirven más que para empujar a la desesperación y hacer tibios y perezosos en el camino de la salvación eterna. Rezad, rezad siempre; que vuestras plegarias suban continuamente ante el trono de Dios. Dadle siempre gracias por las promesas que os hizo de concederos todas las gracias que le pidieris; la gracia eficaz, la perseverancia, la salvación y todo cuanto deseareis... Nos lanzó el Señor a la batalla contra enemigos fuertes, pero El será fiel a la promesa que nos hizo de no permitir que seamos más fieramente combatidos de lo que nuestras fuerzas pueden resistir. Es fiel porque al punto socorre al que le invoca.

Dice a este propósito el eminentísimo cardenal Gotti que *el Señor no está obligado a darnos una gracia que sea tan poderosa como la tentación, pero si la tentación arrecia y nosotros acudimos a El,*

entonces El se obliga a darnos la fuerza necesaria para vencer la acometida del demonio. Todo lo podemos con la ayuda divina que el Señor da a aquel que humildemente se la pide. Por donde concluyamos que si somos vencidos, culpa nuestra es, por no haber rezado. Pues, como escribe san Agustín: por la oración huyen todos nuestros enemigos.

Dice San Bernardino de Sena que *la oración es embajadora fiel. El rey del cielo la conoce muy bien, pues tiene por costumbre entrarse muy confiadamente en sus tabernáculos y allí no se cansa de importunarle hasta que al fin alcanza la ayuda de su gracia para nosotros, pobres necesitados, que gemimos en medio de tantos combates y de tantas miserias en este valle de lágrimas. El profeta Isaías nos asegura que cuando el Señor oye nuestras plegarias, al punto se mueve tanto a compasión, que no nos deja llorar en demasía, pues luego nos responde concediéndonos lo que deseamos. Así lo dice el profeta: De ninguna manera llorarás: El Señor, apiadándose de ti, usará contigo de misericordia: al momento que oyere la voz de tu clamor, te responderá benigno. El profeta Jeremías así se queja en nombre de Dios: ¿Por ventura he sido yo para Israel algún desierto o tierra sombría que tarda en fructificar? Pues, ¿por qué motivo me ha dicho mi pueblo: Nosotros nos retiramos: no volveremos jamás a Ti? ¿Por qué no quieres recurrir más a mí? ¿Por ventura es para vosotros mi misericordia, tierra estéril, que no puede producir fruto alguno de*

gracia? ¿O es que pensáis que es tierra de mala ley, que sólo lleva frutos tardíos? Con estas palabras nos hace comprender el Señor que no deja El nunca de oír nuestras oraciones y sin tardanza, y a la vez condena la conducta de aquellos que dejan de rezar con el pretexto de que Dios no quiere escuchar.

Generoso favor sería de parte de Dios, si solamente una vez al mes se dignase acoger nuestras plegarias. Así lo hacen los grandes de la tierra, los cuales ponen dificultades para atender. No es así el Señor, antes por el contrario, dice el Crisóstomo, *que siempre está aparejado a oír nuestras oraciones y no se dará jamás el caso de que le invoque un alma y El no oiga al punto su oración.* En otro lugar dice el mismo santo que antes que nosotros terminemos de rezar ya ha oído El nuestra petición. Lo asegura el mismo Dios con estas palabras: *Aún estaban ellos rezando, y ya les había oído mi misericordia.* El santo rey David dice oportunamente que el Señor está muy junto a los que le invocan y se complace en oírlos y en salvarlos. Así habla el salmista: *Pronto estará el Señor para todos los que le invocan de verdad. Condescenderá con la voluntad de los que le temen; oírá benigno sus peticiones y los salvará.* Ya antes que él se gloriaba de los mismo el santo caudillo Moisés: *No hay nación por grande que sea que tenga los dioses tan cerca de sus adoradores, como está nuestro verdadero Dios presente a todas nuestras plegarias.* Los dioses gentiles eran

sordos a las voces de los que los invocaban, porque eran simples estatuas o miserables criaturas que nada podían. Nuestro Dios todo lo puede, y por eso no es sordo a nuestras peticiones, antes por el contrario está siempre al lado del que reza para concederle todas las gracias que él pida. Decía el Salmista: *En cualquier hora que te invoco, al instante conozco que tú eres mi Dios.* Como si dijera: En esto conozco que eres mi Dios, Dios de bondad y de misericordia, en que me socorres apenas recorro a Ti.

Tan pobres somos que por nosotros mismos nada tenemos, pero con la oración podemos remediar nuestra pobreza. Si nada tenemos Dios es rico, y Dios, dice el Apóstol, *es generoso con todos aquellos que le invocan.* Con razón, pues, nos exhorta San Agustín a que tengamos confianza: *Tratamos con un Dios que es infinito en poder y riquezas. No le pidamos cosas ruines y mezquinas, sino cosas muy altas y grandes. Pedir a un rey poderoso un céntimo vil, sería sin duda una especie de injuria. ¿Y no lo será hacer lo mismo con nuestro Dios? Aunque seamos pobres y miserables y muy indignos de los beneficios divinos, sin embargo, pidamos al Señor gracias muy grandes, porque así honramos a Dios, honramos su misericordia y su liberalidad, porque pedimos, apoyados en su fidelidad y en su bondad y en la promesa solemne que nos hizo de conceder todas las gracias a quien debidamente se las pidiere. Pediréis todo lo que queráis y todo se hará según vuestros deseos.*

Santa María Magdalena de Pazzis, afirma que *con este modo de orar se siente el Señor muy honrado y tanta consolación halla cuando vamos a El en busca de gracias, que no parece sino que El mismo nos lo agradece, pues de esta manera le damos ocasión y le abrimos el camino de hacernos beneficios y de satisfacer así las ansias que tiene de hacernos bien a todos.* Estemos persuadidos de que, cuando llamamos a las puertas de Dios para pedirle gracias, nos da siempre más de lo que le pedimos. Por esto decía el apóstol Santiago: *Si alguno tiene falta de sabiduría, pídasela a Dios, que a todos la da copiosamente y no zahiere a nadie.* Con esto quiso decirnos que Dios no es avaro de sus bienes, como suelen serlo los hombres. Los hombres de este mundo por muy generosos que sean, al dar limosna siempre encogen algo la mano y dan menos de lo que se les pide, porque, por muy grandes que sean sus tesoros, siempre son limitados, y así, a medida que van dando, suele ir disminuyendo su caudal. Dios a los que rezan da *copiosamente* con larga y abundante mano, y más de lo que se le pide, porque infinita es su riqueza, y por mucho que dé, nunca disminuyen sus tesoros... Así lo decía David: *Porque Tú Señor, eres suave, manso y de gran misericordia para todos los que te invocan.* Como si dijera: Las misericordias que derramáis son tan abundantes, que superan con mucho la grandeza de los bienes que os piden.

Pongamos, por tanto, sumo cuidado en rezar con

gran confianza y estemos seguros de que, como decía el Crisóstomo, *con la oración abriremos para dicha nuestra el arca de los tesoros divinos.*

Eficacia preferente de la oración

Quede bien sentada que la oración es verdadero tesoro y que el que más pide, más recibe. San Buenaventura llega a afirmar que *cuantas veces el hombre devotamente acude al Señor con la oración, gana bienes que valen más que el mundo entero.*

Algunas almas emplean mucho tiempo en leer y meditar y se ocupan muy poco de rezar. No niego que la lectura espiritual y la meditación de las verdades eternas sean muy utiles para el alma, mas San Agustín no duda en afirmar que *es cosa mejor rezar que meditar.* Y da la razón: *Porque en la lección conocemos lo que tenemos que hacer y en la oración alcanzamos la fuerza para cumplirlo.* Y, a la verdad, ¿de qué nos sirve saber lo que tenemos que hacer si no lo hacemos? Somos más culpables en la presencia de Dios. Leamos y meditemos en buena hora, pero es cosa cierta que no cumpliremos con nuestros deberes, si no pedimos a Dios la gracia para cumplirlos.

A propósito de esto dice San Isidoro que *en ningún otro momento anda el demonio tan solícito en distraernos con pensamientos de cosas temporales, como cuando acudimos a Dios para pedirle sus gracias.* ¿Por qué? Porque está bien persuadido el espíritu del mal que nunca alcanzamos mayores bienes espirituales que en la oración. Éste, por tanto, ha de ser el fruto mayor de la meditación: aprender a pedir a Dios las gracias que necesitamos para la perseverancia y la salvación. Por esto muy

principalmente se dice que la meditación es moralmente necesaria al alma para que se conserve en gracia, porque aquel que no se recoge para hacer meditación y en ese momento no reza y pide las gracias que necesita para la perseverancia en la virtud, no lo hará en otro momento, pues si no medita, ni pensará en rezar, ni siquiera comprenderá la necesidad que tiene de la oración. Por el contrario, el que todos los días hace meditación conoce muy bien las necesidades de su alma y los peligros en que se halla y la obligación que tiene de rezar. Rezará para perseverar y salvarse. De sí mismo decía el Padre Sñeri que *en los comienzos de su vida, cuando hacía meditación, ponía mayor empeño en hacer afectos que en pedir; mas cuando poco a poco llegaba a comprender la excelencia de la oración y su inmensa utilidad, ya en la oración mental pasaba más tiempo en pedir y rezar.*

Como el polluelo de la golondrina, así clamaré, decía el devoto rey Ezequías. Los polluelos de las golondrinas no hacen más que piar continuamente. Piden a sus madres el alimento que necesitan para vivir. Lo mismo debemos hacer nosotros, si queremos conservar la vida de la gracia: claramente siempre, pidamos al Señor que nos socorra para evitar la muerte del pecado y seguir adelante en la senda de su divino amor. De los padres antiguos que fueron grandes maestros del espíritu refiere el P. Rodríguez que *se juntaron en asamblea y allí discutieron cuál sería el ejercicio más útil para alcanzar la salva-*

ción eterna; y resolvieron que parecía lo mejor repetir con frecuencia aquella breve oración del profeta David: Dios mío, ven en mi socorro. Eso mismo ha de hacer el que quiera salvarse, afirma Casiano, decir con frecuencia al Señor: Dios mío, ayúdame... ayúdame, oh mi buen Jesús... Esto hay que hacerlo desde el primer momento de la mañana, y esto hay que repetirlo en todas las angustias y en todas las necesidades, temporales y espirituales, pero muy particularmente, cuando nos veamos molestados por la tentación. Decía san Buenaventura que a veces más alcanzamos y más pronto con una breve oración, que con muchas obras buenas. Y más allá va San Ambrosio, pues dice que el que reza, mientras reza, ya alcanza algo, pues el rezar ya es singular don de Dios. Y San Juan Crisóstomo escribe que no hay hombre más poderoso en el mundo que el que reza. El que reza participa del poder de Dios. Todo esto lo comprendió San Bernardo en estas palabras: Para caminar por la senda de la perfección hay que meditar y rezar; en la meditación vemos lo que tenemos: con la oración alcanzamos lo que nos falta.

Resumen del Capítulo segundo.

Resumamos: I. *Sin oración cosa muy difícil es que nos podamos salvar*; tan difícil que, como lo hemos demostrado, es del todo imposible según la ordinaria Providencia.

II. *Con la oración, la salvación es segura y fácil...*

Porque en efecto, ¿qué se necesita para salvarnos? Que digamos: Dios mío ayúdame; Señor mío, amparadme y tened misericordia de mí. Esto basta. ¿Hay cosa más fácil? Pues, repitámoslo; que si lo decimos bien y con frecuencia, esto bastará para llevarnos al cielo. San Lorenzo Justiniano nos exhorta muy encarecidamente que *al principio de todas nuestras obras hagamos alguna oración*. Casiano por su parte nos recuerda el ejemplo de los antiguos padres, los cuales exhortaban a todos a que recurrieran a Dios con breves, pero frecuentes jaculatorias. San Bernardo decía: *Que nadie haga poco caso de la oración, ya que el Señor la estima tanto que nos da lo que pedimos o cosa mejor, si comprende que es más útil para nuestra alma*.

III. Pensemos que, *si no rezamos, ninguna excusa podremos alegar, porque Dios a todos da la gracia de orar*. En nuestras manos está el rezar siempre que queramos como lo confesaba el santo rey David: *Haré para conmigo oración a Dios, autor de mi vida. Le diré al Señor: Tú eres mi amparo*. Mas de esto largamente hablaremos en la parte segunda. Allí se pondrá en claro que Dios da a todos la gracia de orar; y así con la oración podemos alcanzar los socorros divinos que necesitamos para observar los mandamientos y perseverar hasta el fin en el camino del bien. Ahora afirmo únicamente que si no nos salvamos, culpa nuestra será. Y la causa de nuestra infinita desgracia será una sola: que no hemos rezado.

CONDICIONES DE LA BUENA ORACION

*En verdad, en verdad os digo que cuanto pidieris al Padre en mi nombre, os lo concederá. Tal es la bella promesa que nos ha hecho Jesucristo. Dice que nos concederá todo cuanto le pidamos, pero debemos entender que con la condición de que re-
cemos con las debidas disposiciones. Ya lo dijo el apóstol Santiago: Si pedís y no alcanzáis lo que pedís, es porque pedís malamente. Y San Basilio, apoyando esta sentencia del apóstol, escribe: Si alguna vez pediste y no recibiste, fue seguramente porque pediste con poca fe y poca confianza, con pocas ansias de alcanzar la divina gracia porque pediste cosas no convenientes o porque no perseveraste en la oración hasta el fin. Santo Tomás reduce a cuatro las condiciones para que la oración sea eficaz: pedir por uno mismo, pedir cosas necesarias para la salvación, pedir las con piedad y pedir las con perseverancia.*

SE DICE POR QUIEN HEMOS DE PEDIR

La primera condición de la oración, dice el Doctor Angélico, es que pidamos por nosotros mismos. Sostiene, en efecto, el santo Doctor, que nadie puede alcanzar para otro hombre la vida eterna, ni por tanto las gracias que conducen a ella a título de justicia, *ex condigno*, como dice la teología. Y advierte además esta razón: que la promesa que hizo el Señor a los que rezan es solamente a condición de que recen por ellos mismos y no por los demás. *Dabit vobis: A vosotros se os dará.*

Hay sin embargo muchos doctores que sostienen lo contrario, tales como Cornelio Alápide, Silvestre, Toledo, Habert y otros, y se apoyan en la autoridad de San Basilio, el cual afirma categóricamente que la eficacia de la oración es infalible, aun cuando recemos por otros, con tal que ellos no pongan algún impedimento positivo. Se apoya en las sagradas Escrituras que dicen: *Orad los unos por los otros para que seáis salvos: que es muy poderosa ante Dios la oración del justo.* Y todavía es más claro lo que leemos en San Juan: *El que sabe que su hermano ha cometido un pecado, ruegue por él y Dios dará la vida al que peca, no de muerte.*

Comentando estas palabras San Agustín, San Beda y San Ambrosio dicen que aquí se trata del pecador que se empeña en vivir en impenitencia o sea

en la muerte del pecado; pues para los obstinados en la maldad se necesita una gracia del todo extraordinaria. A los pecadores que no son culpables de tan grande maldad podemos salvarlos con nuestras acciones. Así lo aseguran, apoyados en esta solemne afirmación del apóstol San Juan: Reza y Dios dará la vida al pecador.

Lo que en todo caso está fuera de duda es que las oraciones que hacemos por los pecadores, a ellos les son muy útiles y agradan mucho al Señor: y no pocas veces se lamenta el mismo Salvador de que sus siervos no le recomiendan bastante los pecadores. Así lo leemos en la vida de santa María Magdalena de Pazzis, a la cual dijo un día Jesucristo: *Mira, hija, cómo los cristianos viven entre las garras de los demonios. Si mis escogidos no los libran con sus oraciones, serán totalmente devorados.*

Muy especialmente pide esto Ntro. Señor Jesucristo a los sacerdotes y religiosos. Por esto la misma santa hablaba así a sus monjas: *Hermanas, Dios nos ha sacado del mundo no sólo para que trabajemos por nosotros, sino también para que aplaquemos la cólera de Dios en favor de los pecadores.* Otro día dijo el Señor a la misma santa carmelita: *A vosotras, esposas predilectas, os he confiado la ciudad de refugio, que es mi sagrada Pasión: encerraos en ella y ocupaos en socorrer a aquellos hijos que perecen... y ofreced vuestra vida por ellos.* Por esto la santa, inflamada de caridad, cincuenta veces

al día ofrecía a Dios la sangre del Redentor por los pecadores y tanto se consumía en las llamas de su devoción, que exclamaba: *¡Qué pena tan grande, Señor, ver que podría muriendo hacer bien a vuestras criaturas y no poder morir!* En todos sus ejercicios de piedad encomendaba al Señor la conversión de los pecadores, y leemos en su biografía, que ni una sola hora del día pasaba sin rezar por ellos. Levantábase muchas veces a media noche y corría a rezar ante el sagrario por los pecadores. Un día la hallaron llorando amargamente. Le preguntaron la causa de su llanto y contestó: *Lloro, porque me parece que nada hago por la salvación de los pecadores.* Llegó hasta ofrecerse a sufrir las penas del infierno, con la sola condición de no odiar allí al Señor. Probóla el Señor con grandes dolores y penosas enfermedades. Todo lo padecía por la conversión de los pecadores. Rezaba de modo especial por los sacerdotes, porque sabía que su vida santa era salvación de muchos, y su vida descuidada, ruina y condenación de no pocos. Por eso pedía al Señor que castigase en ella los pecados de los desgraciados pecadores. *Señor, decía, muera yo muchas veces y otras tantas torne a la vida hasta que pueda satisfacer por ellos a vuestra divina justicia.* Por este camino salvó muchas almas de las garras del demonio, como leemos en su biografía.

Aunque he querido hablar más extensamente del celo de esta gran santa, puede muy bien decirse lo mismo de todas las almas verdaderamente enamora-

das de Dios, pues todas ellas no cesan de rogar por los pobres pecadores. Así ha de ser, porque el que ama a Dios, comprende el amor que el Señor tiene a las almas y lo que Jesucristo ha hecho y padecido por ellas, y a la vez se da cuenta de las grandes ansias que tiene ese Divino Salvador de que todos rechemos por los pecadores; y entonces ¿cómo es posible que vea con indiferencia la ruina de esas almas desgraciadas que viven sin Dios y esclavas del infierno? ¿Cómo no se sentiría movida a pedir al Señor que dé a esas desventuradas luz y fuerza para salir del estado lastimoso en que viven y duermen perdidas? Es verdad que el Señor no ha prometido escucharnos; cuando aquellos por quienes pedimos ponen positivos impedimentos a su conversión, mas no lo es menos que Dios, por su bondad y por las oraciones de sus siervos da muchas veces gracias extraordinarias a los pecadores más obstinados, y así logrará arrancarlos del pecado y ponerlos en camino de salvación.

Por tanto, cuando digamos u oigamos la santa misa, en la comunión, en la meditación, y cuando visitemos a Jesús Sacramentado, no dejemos de pedir por los pobres pecadores. Afirma un sabio escritor que quien más pide por los otros más pronto verá oídas las plegarias que haga por sí mismo.

Dejemos a un lado esta breve digresión y sigamos explicando las condiciones que exige Santo Tomás para que sean eficaces nuestras oraciones.

II

HAY QUE PEDIR COSAS NECESARIAS PARA LA SALVACION

La segunda condición que pone el Angélico es que pidamos cosas que sean convenientes y necesarias para nuestra salvación: pues la promesa que nos hizo el Señor no es de cosas exclusivamente materiales y que no son convenientes para la vida eterna, sino de aquellas gracias que necesitamos para ir al cielo. Dijo el Señor que pidiéramos *en su nombre*. Y comentando estas palabras, San Agustín, dice claramente que no pedimos en nombre del Señor cuando pedimos cosas que son contra la salvación.

Pedimos no pocas veces a Dios bienes temporales y no nos escucha. Dice el santo que esto es disposición de su misericordia, porque nos ama y nos quiere bien. Y da esta razón: Lo que al enfermo conviene, mejor lo sabe el médico que el mismo enfermo. Y el médico no da al enfermo cosas que pudieran serle nocivas. Cuántos que caen en pecados, estando sanos y ricos, no caerían si se encontraran pobres o enfermos. Y por esto cabalmente a algunos que le piden salud del cuerpo y bienes de fortuna se los niega el Señor. Es porque los ama y sabe que aquellas cosas serían para ellos ocasión de pecado o de vivir vida de tibieza en la vida espiritual.

No queremos decir con esto que sea falta pedir cosas convenientes para la vida presente. También las pedía el Sabio en las Sagradas Escrituras: *Dame tan sólo, Señor, las cosas necesarias para la vida cotidiana.* Tampoco es defecto, como afirma Santo Tomás, tener por esos bienes materiales una ordenada solicitud. Defecto sería, si miráramos esas cosas terrenales como la suprema felicidad de la vida y pusiéramos en su adquisición desordenado empeño, como si en tales bienes consistiera toda nuestra felicidad. Por eso, cuando pedimos a Dios gracias temporales, debemos pedir las con resignación y a condición de que sean útiles para nuestra salvación eterna. Si por ventura el Señor no nos las concediera estemos seguros que nos las niega por el amor que nos tiene, pues sabe que serían perjudiciales para nuestro progreso espiritual que es lo único que merece consideración.

Sucede también a menudo que pedimos al Señor que nos libre de una tentación peligrosa, mas el Señor no nos escucha y permite que siga la guerra de la tentación. Confesemos entonces también que lo permite Dios para nuestro mayor bien. No son las tentaciones y malos pensamientos los que nos apartan de Dios, sino el consentimiento de la voluntad. Cuando el alma en la tentación acude al Señor y la vence con el socorro divino ¡cómo avanza en el camino de la perfección! ¡Qué fervorosamente se une a Dios! Y por eso cabalmente no la oía el Señor.

¡Con qué ansias acudía al cielo el apóstol San Pablo! ¡Cómo pedía al Señor que le quitara las graves tentaciones que le perseguían! Contestóle el Señor: *Te basta mi gracia*. Así lo confiesa él mismo en la carta a los de Corinto: *Para que las grandezas de las revelaciones no me envanezcan, se me ha dado el estímulo de la carne que es como un ángel de Satanás que me abofetea. Tres veces pedí al Señor que le apartase de mí. Y respondiome: Te basta mi gracia*.

Lo que debemos hacer en la tentación es clamar a Dios con fervor y resignación, diciéndole: *Libradme, Señor, de este tormento interior, si es conveniente para mi alma, y si queréis que siga, dadme la fuerza de resistir hasta el fin*. Debemos decir a este respecto con San Bernardo: que cuando pedimos a Dios una gracia, El nos da esa gracia u otra mejor. A veces permite que nos azoten las tempestades para que de esta manera quede afirmada nuestra fidelidad y mayor ganancia de nuestro espíritu. Parecía que estaba sordo a nuestras plegarias... pero no es así. Al contrario, estemos ciertos que en esos momentos se halla muy cerca de nosotros, fortificándonos con su gracia, para que resistamos el ataque de nuestros enemigos. Así muy cumplidamente nos lo enseña el salmista con estas palabras: *En la tribulación me invocaste y yo te libré. Te oí benigno en la oscuridad de la tormenta. Te probé junto a las aguas de la contradicción*.

HAY QUE ORAR CON HUMILDAD

Escucha el Señor bondadosamente las oraciones de sus siervos, pero sólo de sus siervos sencillos y humildes, como dice el Salmista: *Miró el Señor la oración de los humildes*. Y añade el apóstol Santiago: *Dios resiste a los soberbios y da sus gracias a los humildes*. No escucha el Señor las oraciones de los soberbios que sólo confían en sus fuerzas, antes los deja en su propia miseria, y en ese mísero estado, privados de la ayuda de Dios, se pierden sin remedio. Así lo confesaba David con lágrimas amargas: *Antes que fuera humillado caí*. Pequé porque no era humilde. Lo mismo acaeció al apóstol Pedro el cual, cuando el Señor anunció que aquella misma noche todos sus discípulos le habrían de abandonar, él, en vez de confesar su debilidad y pedir fuerzas al Maestro para no serle infiel, confió demasiado en sus propias fuerzas y replicó animoso que, aunque todos le abandonaran, él no le abandonaría. Predícele de nuevo Jesús que aquella misma noche, antes que cantase el gallo, tres veces le había de negar; de nuevo Pedro fiado en sus bríos naturales contestó orgullosamente: *Aunque tenga que morir, yo no te negaré*. ¿Qué pasó? Apenas el malhadado puso los pies en la casa del pontífice, le echaron en cara que era discípulo del Nazareno y él por tres veces le negó descaradamente y afirmó con juramento que

no conocía a tal hombre. Si Pedro se hubiera humillado y con humildad hubiera pedido a su divino Maestro la gracia de la fortaleza, seguramente no le hubiera negado tan villanamente.

Convenzámonos de que estamos todos suspendidos sobre el profundo abismo de nuestros pecados... por el hilo de la gracia de Dios. Si ese hilo se corta, caeremos ciertamente en ese abismo y cometeremos los más horrendos pecados. *Si el Señor no me hubiera socorrido, seguramente sería el infierno mi morada.* Eso decía el Salmista y eso podemos repetir nosotros también. Esto mismo quería manifestar San Francisco de Asís cuando de sí mismo decía que era el mayor pecador del mundo. Contradióle el fraile que le acompañaba: *Padre mío, le dijo, eso no es verdad, pues de seguro que hay en el mundo muchos pecadores que han cometido más graves pecados.* A lo cual contestó el Santo: *Muy verdad es lo que decía; pues si Dios no me tuviera de su mano, hubiera hecho los más horribles pecados que se pueden cometer.*

Es verdad de fe que sin la ayuda de la gracia de Dios no puede el hombre hacer obra alguna buena, ni siquiera tener un santo pensamiento. Así lo afirmaba también San Agustín: *Sin la gracia de Dios no puede el hombre ni pensar ni hacer cosa buena.* Y añadía el mismo Santo: *Así como el ojo no puede ver sin luz, así el hombre no puede obrar bien sin la gracia.* Y antes lo había escrito ya el Apóstol: *No somos capaces por nosotros mismos de concebir un*

buen pensamiento, como propio, sino que nuestra suficiencia y capacidad vienen de Dios. Lo mismo que siglos antes había confesado el rey David, cuando cantaba: Si el Señor no es el que edifica la casa, en vano se fatigan los que la edifican. Vanamente trabaja el hombre en hacerse santo, si Dios no le ayuda con su poderosa mano. Si el Señor no guarda la ciudad, inútilmente se desvela el que la guarda. Si Dios no defiende del pecado el alma, vano empeño sería quererlo hacer ella con sus solas fuerzas. Por eso decía el mismo real profeta: No confiaré en mi arco. No confío en la fuerza de mis armas, solamente Dios me puede salvar.

El que sinceramente tenga que reconocer que hizo algún bien y que no cayó en más graves pecados, diga con el apóstol San Pablo: *Por la gracia de Dios soy lo que soy.* Y por esta misma razón debe vivir en santo temor, como quien sabe que a cada paso puede caer. *Mire, pues, no caiga el que piense estar firme.* Con estas palabras que son del mismo apóstol nos quiso decir que está en gran peligro de caer el que ningún miedo tiene a caer. Y nos da la razón con estas palabras: *Porque si alguno piensa ser algo, se engaña a sí mismo, pues verdaderamente de suyo nada es.* Sabiamente nos recordaba lo mismo el gran San Agustín, el cual escribió: *Dejan muchos de ser firmes, porque presumen de su firmeza... Nadie será más firme en Dios que aquel que de por sí se crea menos firme.* Por tanto si alguno dijere que no tiene temor, señal será que confía en sus fuerzas y

buenos propósitos; pero los que tal piensan, andan muy engañados con esta vana confianza de sí mismos, y fiados en sus solas fuerzas no temerán y no temiendo dejarán a Dios y por este camino su ruina es inevitable y segura.

Pongamos también mucho cuidado en no tener vanidad de nosotros mismos, cuando vemos los pecados en que por ventura vienen a caer los demás; por el contrario, tengámonos entonces por grandes pecadores y digamos así al Señor: Señor mío, peor hubiera obrado yo, si Vos no me hubierais sostenido con vuestra gracia. Porque si no nos humillamos, bien pudiera ser que Dios, en castigo de nuestra soberbia, nos dejara caer en más graves y asquerosas culpas. Por esto el Apóstol nos manda que *trabajemos en la obra de nuestra salvación*. Pero ¿cómo? *temiendo y temblando*. Y es así, porque aquel que teme caer desconfía de sí mismo y de sus fuerzas y pone toda su confianza en Dios pues que en El confía, a El acude en todos los peligros, le ayuda el Señor y le sacará vencedor de todas las tentaciones.

Por Roma caminaba un día San Felipe Neri y por el camino iba diciendo: *Estoy desesperado*. Le corrigió un religioso y el Santo le contestó: *Padre mío, desesperado estoy de mí mismo... pero confío en Dios...* Eso mismo hemos de hacer nosotros, si de veras queremos salvarnos. Desconfiemos de nuestras humanas fuerzas. Imitemos a San Felipe, el cual apenas despertaba por la mañana decía al Se-

ñor: *Señor, no dejéis hoy de la mano a Felipe, porque si no, este Felipe os va a hacer alguna trastada.*

Concluyamos, pues, con San Agustín que toda la ciencia del cristiano consiste en conocer que el hombre nada es y nada puede. Con esta convicción no dejará de acudir continuamente a Dios con la oración para tener las fuerzas que no tiene y que necesita para vencer las tentaciones y practicar la virtud. Y así obrará bien, con la ayuda de Dios, el cual nunca niega su gracia a aquel que se la pide con humildad. *La oración del humilde atraviesa las nubes... y no se retira hasta que la mire benigno el Altísimo.* Y aunque el alma sea culpable de los más grandes pecados, no la rechaza el Señor, porque, como dice David: *Dios no desprecia un corazón contrito y humillado.* Por el contrario: *Resiste Dios a los soberbios y a los humildes les da su gracia.* Y así como el Señor es severo para los orgullosos y rechaza sus peticiones, así en la misma medida es bondadoso y espléndido con los humildes. El mismo Señor dijo un día a Santa Catalina de Sena: *Aprende, hija mía, que el alma que persevera en la oración humilde, alcanza todas las virtudes.*

A este propósito parécenos bien apuntar aquí un consejo que en una nota a la carta décimooctava de Santa Teresa trae el piadosísimo Obispo Palafox y que se dirige muy especialmente a las personas que tratan de cosas del espíritu y quieren hacerse santas. Escribe la Santa a su confesor y le da cuenta de los grados de oración sobrenatural con que el Señor

la había favorecido. Sobre esto el citado Prelado nos enseña que esas gracias sobrenaturales que se dignó conceder Dios a Santa Teresa y a otros santos no son necesarias para llegar a la santidad, ya que muchas almas llegaron sin ellas a la más alta perfección y otras muchas por el contrario, aunque alguna vez las gozaron, al fin miserablemente se perdieron. De aquí concluye que es tontería y presunción pedir esos dones sobrenaturales, ya que el verdadero camino para llegar a la santidad es ejercitarnos en la virtud y en el amor de Dios, y a esto se llega por medio de la oración y de la correspondencia a las luces y gracias de Dios, que sólo desea vernos santos, como dice el Apóstol: *Está es la voluntad de Dios... vuestra santificación.*

Luego pasa a tratar el dicho piadoso escritor de los grados de oración extraordinaria de los cuales la Santa escribía, esto es, de la oración de quietud, del sueño y suspensión de las potencias, de la unión, del éxtasis, del vuelo y de la herida espiritual. Sobre estas cosas escribe discretamente el sabio autor.

En vez de oración de quietud debemos pedir y desear que Dios nos libre de todo afecto y deseo de bienes mundanos que, no tan sólo no dan la paz, sino que por el contrario traen consigo inquietud y aflicción de espíritu, como dijo Salomón: *Todo es vanidad y aflicción de espíritu.* No hallará jamás verdadera paz el corazón del hombre si no arroja de sí todo aquello que no es del agrado de Dios, para

dejar lugar totalmente al amor divino, el cual debe poseerlo por completo. Mas esto de por sí no puede tenerlo el alma y tendrá que alcanzarlo con continua oración.

En vez del *sueño y suspensión de potencias*, pidamos a Dios que tengamos el alma dormida y muerta para todas las cosas temporales y muy despierta para meditar la bondad divina y para suspirar por el amor santo y los bienes eternos.

En vez de la *unión de las potencias* pidamos a Dios la gracia de no pensar, buscar y desear sino lo que sea su divino querer, pues la santidad más alta y la perfección más sublime sólo consisten en la unión de nuestra voluntad con la voluntad divina.

En vez de *éxtasis y raptos* será mucho mejor que pidamos a Dios que nos arranque del alma el amor desordenado de nosotros mismos y de las criaturas y que nos arrastre detrás de sí y de su amor.

En vez del *vuelo del espíritu* pidamos al Señor la gracia de vivir enteramente despegados de este mundo, como las golondrinas, que no se posan sobre la tierra para comer, si no que volando comen. Con lo cual debe entenderse que sólo debemos tomar aquellas cosas materiales que son necesarias para sostenimiento de la vida, pero volando por los aires siempre, es decir, sin detenernos en la tierra para saborear los placeres de este mundo.

En vez del *ímpetu del espíritu* pidamos al Señor que nos dé aquella energía y aquella fortaleza que nos son necesarias para resistir a los ataques de

nuestros enemigos y para vencer las pasiones y abrazarnos con la cruz, aun en medio de las desolaciones y tristezas espirituales.

Y en cuanto a la *herida espiritual* pensemos que, así como las heridas con sus dolores nos traen a cada paso a la memoria el recuerdo de nuestro mal, así hemos de pedir a Dios que de tal suerte nos hiera con la lanzada de su santo amor, que recordemos continuamente su bondad y el apodo que nos ha tenido, y de esta manera podamos vivir siempre amándolo y complaciéndolo con obras y deseos.

Pues todas estas gracias no se alcanzan sin oración, y con ella se alcanza todo, con tal que sea humilde, confiada y perseverante.

IV

HAY QUE ORAR CON CONFIANZA

Lo que más encarecidamente nos pide el apóstol Santiago, si queremos alcanzar con la oración las divinas gracias, es que recemos con la más firme confianza de que seremos oídos. *Pide, dice, con confianza, sin dudar nada.* Santo Tomás nos enseña que así como la oración tiene su mérito por la caridad, así tiene su maravillosa eficacia por la fe y la confianza. Lo mismo nos predica San Bernardo, el cual afirma solemnemente que la sola confianza nos obtiene las misericordias divinas.

La causa de que nuestra confianza en la miseri-

cordia divina sea tan grata al Señor es porque de esta manera honramos y ensalzamos su infinita bondad que fue la que El quiso sobre todo manifestar al mundo cuando nos dio la vida. Así lo cantaba el profeta, cuando decía: *Alégrense, Dios mío, todos los que en Ti esperan, porque así serán eternamente benditos y Tú vivirás en medio de ellos.* Y en otro lugar exclama: *Protector es el Señor de todos los que esperan en El, Señor, Tú eres el que salvas a los que confían en Ti.*

¡Oh, qué hermosas son las promesas que Dios ha hecho en las Sagradas Escrituras a aquellos que confían en El! Los que esperan en El no caerán en pecado. La causa la da el profeta David, cuando dice que *los ojos del Señor descansan sobre aquellos que le temen y confían en su misericordia para salvar sus almas de la muerte de la culpa.* En otro lugar dice el mismo Señor: *Porque esperó en Mí, le libraré... le protegeré, le salvaré, le glorificaré.* Nótese aquí que la razón que da para protegerlo y salvarlo y glorificarlo en la vida eterna es porque confió en Dios. Hablando también el profeta Isaías de aquellos que confían en el Señor, dice: *Los que tienen puesta en el Señor su esperanza adquirirán nuevas fuerzas, tomarán alas, como de águila, correrán y no se fatigarán, andarán y no desfallecerán.* Es decir: Ya no serán débiles, porque Dios les dará la fortaleza, y no tan sólo no caerán, sino que ni siquiera hallarán fatiga en el camino de la salvación: correrán, volarán como águilas. Añade el mismo

santo Profeta: *En la quietud y en la esperanza estará vuestra fortaleza.* Esto nos quiere decir que toda nuestra fortaleza está en poder de Dios y en callar, es decir, descansando amorosamente en los brazos de su misericordia, y no haciendo caso de la ayuda y de los medios humanos.

¿Se oyó por ventura que alguna vez se haya perdido el que en Dios confió? *Ninguno jamás esperó en el Señor y se quedó confundido.* San Agustín pregunta: ¿Será Dios tan mezquino que se ofrezca a sacarnos con bien de los peligros si acudimos a El, y luego nos deje solos y abandonados cuando hemos acudido a El? Y responde: No, no es Dios un charlatán que se ofrece con palabras a sostenernos, y retira el hombro cuando queremos apoyarnos en El.

Bienaventurado el hombre que espera en Ti, decía al Señor el Real Profeta. ¿Por qué? Responde el mismo Santo Rey: *Porque a aquel que confía en Dios le circundará por todas partes la misericordia divina.* Y de tal modo será ceñido y rodeado de la protección de Dios que estará bien seguro contra todos sus enemigos y no correrá ningún peligro de perderse.

Por eso no se cansa el Apóstol de exhortarnos a que no perdamos nunca la confianza en Dios, porque le está reservada una grande recompensa. Como sea nuestra confianza, así serán las gracias que recibiremos de Dios. Si es grande, grandes serán las gracias divinas. Confianza grande, cosas grandes

merece, escribía San Bernardo, y añadía que la misericordia divina es fuente abundantísima y que el que a ella acude con vaso grande, cuanto mayor sea el vaso de confianza con que acudimos a ella, mayor es la cantidad de gracias que recibimos. Lo mismo había dicho ya antes el Real Profeta: *Sea tu misericordia, Señor, sobre nosotros, según nosotros esperamos en Ti*. Lo vemos confirmado en el centurión del Evangelio, al cual dijo Jesucristo, ponde-
rando su confianza: *Vete y hágase como confiaste*. A Santa Gertrudis le reveló el Señor que el que pide con confianza tiene tal fuerza sobre su corazón, que no parece sino que le obliga a oírle y darle todo lo que pide. Lo mismo afirmó San Juan Clímaco: *La oración hace dulcemente violencia sobre Dios*.

San Pablo nos exhorta a la confianza con estas fervorosas palabras: *Lleguémonos confiadamente al trono de la gracia, a fin de alcanzar misericordia y hallar el auxilio de la gracia para ser socorridos a tiempo oportuno*. El trono de la gracia es Jesús. Sentado está ahora a la diestra del Padre, no en trono de justicia, sino en trono de gracia, para darnos el perdón si vivimos en pecado, y la fuerza para perseverar si gozamos de su divina amistad. A ese trono hemos de acudir siempre con confianza, con aquella confianza que proviene de la fe que tenemos en la bondad y en la fidelidad de Dios, confianza firme e invencible, ya que se apoya en la palabra del Señor que ha prometido oír la oración de

aquellos que de tal manera le rezaren.

Aquel que por el contrario se pone a orar con duda y desconfianza esté seguro que nada puede recibir. Así lo asegura el apóstol Santiago: *El que anda dudando es semejante a la ola del mar, alborotada y agitada por el viento, de acá para allá.* Así que un hombre tal no tiene que pensar que ha de recibir poco ni mucho del Señor. Nada alcanzará, porque la necia desconfianza que turba su corazón será un obstáculo para los dones de la divina misericordia. *No pediste bien*, dice San Basilio, *cuando pediste con desconfianza.* Y el profeta David dice que nuestra confianza debe ser firme como montañas que no se mueven a capricho de los vientos. *Los que ponen su confianza en el Señor estarán firmes como el monte de Sión, que no se cuarteará jamás.* Oigamos, por tanto, el divino consejo que nos da nuestro Redentor, si de veras queremos obtener las gracias que pedimos. *Todas cuantas cosas pidierais en la oración, tened viva fe de conseguirlas, y sin duda se os concederán sin falta.*

V

LOS FUNDAMENTOS DE NUESTRA CONFIANZA

Y ahora quizás dirá alguno: Pues si yo soy ruin y miserable ¿sobre qué fundamento puedo apoyar mi confianza de alcanzar todo lo que pidiere? ¿Sobre